

Quede, pues, en tus manos este Cuaderno de la flor de la llanura alcaidiana, como constatación y evidencia de la desnuda complicidad de los dioses. Del continuo y perfecto deambular en tu búsqueda de Aquel que los unió a todos encarnándose en la historia y que de vez en vez pregunta por tí y por nosotros todavía en un beso, en un abrazo, en una caricia. O en un poema. Los poemas y los cuerpos están aguardando siempre la salvación. Porque de eso se trata. De poder salvarse. Esa liturgia ansiosa y fulgurante del cuerpo. Las hogueras de las manos. El lenguaje avaricioso de esta arcilla que aspira a ser pájaro. El cuello mineral como un ánfora. El mediodía interminable y circular de los labios. La estrofa que después no tienes más remedio que escribir para que la memoria continúe. La luz de una espalda sin vestidos. La insólita sorpresa de sentirte inmortal durante un instante. El amor. Todo el amor. El que tu corazón intuye. Del de que venimos y a donde vamos. Cada cual por sus paisajes y senderos.

Porque el género humano y las flores y las palomas y las aguas del mar tienden a la salvación. No es bueno que el hombre esté solo. Ah, la necesaria solidaridad. Ser una sola carne. La carne como vehículo y providencia. La soledad de la luna, no. Ni las máscaras del desamor, Joaquín. Mientras seguimos subsistiendo en este triste y maravillado escenario del universo tendremos que hacer lo imposible para decir y decirnos que resulta inevitable luchar contra la muerte. El tedio que produce la ceniza. Ese sabor tan áspero del apego a la nada. El cuerpo y sus señales. La ruta que deja gravada en el pecho el himno de las manos y avanza al más allá. No puede perecer nada de lo que hemos amado. Al atardecer del mundo, explica la claridad de la mística, seremos examinados de por qué y para qué nos atrevimos en algún momento a escribir un libro de poemas. A poner en otro labio el nuestro. A permitir un abrazo. A deseirlo.

Felicidades, Joaquín. Pese a todo hoy están a tu lado los poetas. Quienes poseen la capacidad de desvelar el revés de la belleza. Los seres heterodoxos. Los limpios de corazón. La estirpe de las bienaventuranzas. Quienes son poseedores del don de mirar un cuerpo y sentir la gracia irrenunciable de su más acá como signo y símbolo de lo que está porfiando en su escorzo, en su resplandor. Ojalá, Joaquín Brotóns, que no nos equivoquemos de señales. El sexo es una señal. Un cuerpo bello es una señal. Una caricia, un abrazo, una mirada, y hasta un poema, una palabra repleta de música, son indicaciones. Recuerda el "carpe diem" y la ceniza de la que se escribe hoy tanto. El ir sintiendo el paso del tiempo. La necesidad insofocable del Sur. Porque en el cuerpo existe, escrita, inscrita, una añoranza. ¿Por qué será? Nosotros, mientras, otra vez compañeros de todo el mapa, te brindamos nuestro vino más inútil. El de la bendita necesidad de comprendernos sin excomuniones ni miedos a ningún pontífice, a ningún dictador de estéticas.

